

1

Una mañana de finales de abril, a hora muy temprana, aporrearon la puerta del apartamento de Eric Oso y Emma Coneja, situado en Uxbridge Street. La Lluvia Matinal había cesado, el viento había amainado y el sol volvía a lucir sobre Mollisan Town.

—¡Para ya y deja de aporrear la puerta! —masculló para sí Eric Oso, cubriéndose la cabeza con el edredón.

Pero el edredón era demasiado fino: los mamporrazos contra la puerta resonaban hirientes en las sienas del oso.

Resultaba imposible volver a conciliar el sueño.

El día anterior se le hizo muy tarde y llegó empapado. Fue una de esas noches en que se diría que todos y cada uno de los animales de peluche decidieron salir a la calle. Las terrazas de Lanceheim estaban atestadas, un reguero de animales hormigueaba por el morado chillón de Pfaffendorfer Tor, hasta el edificio mismo del Auditorio y las barras de los bares que ribeteaban el amarillo mostaza de Krönkenhagen estaban mucho más concurridas que Norra Avenyn en hora punta. Mamíferos y reptiles, peces y aves, animales fantásticos e incluso algún que otro insecto: todo tipo de peluches plagaban Lanceheim.

—¡Seguidme! —los exhortó Eric al ver que los animales de las aceras amenazaban con dividir al grupo.

Ellos eran cinco. Wolle Sapo, Gato Nikolaus y un jefe de proyecto de la agencia publicitaria Wolle & Wolle cuyo nombre Eric ignoraba.

Pero junto a Eric caminaba Philip Babuino. Aquella noche, Babuino era el objeto de la atención general. En efecto, él representaba a la empresa de calzado Dot. Llevaban varios meses buscando una nueva agencia publicitaria y Wolle & Wolle estaba a punto de ganar el *game*. Ahora sólo faltaba el último empujoncito.

Eric Oso estaba listo para empujar.

Puso sus miras en un restaurante no demasiado retirado de donde estaban. Desde donde se encontraba, avistó las gruesas letras amarillas del letrero de neón que rezaba: «Papegojans Bar & Grill».

—Al Papegojans —le dijo Eric a Philip Babuino—. Jamás he pasado un segundo de tedio en ese lugar.

En realidad, Eric Oso no había oído hablar de aquel establecimiento en su vida y lo más probable era que no supiese llegar allí después de aquel día. Sin embargo, la cursiva de las letras de neón lo hizo evocar el *art déco* de su niñez y, además, allí arriba todos los restaurantes se parecían mucho.

—Con que no encontremos algún grupo de hembras decadentes —observó Babuino con una sonrisa nerviosa—. Llevo sin salir veinte años por lo menos, y no quiero toparme con... una panda de libertinas nada más llegar.

Philip Babuino vestía un traje de chaqueta verde, camisa blanca y corbata azul oscuro. Durante el almuerzo, les había contado que lo que más le interesaba en el mundo eran los balances financieros, la velocidad de crecimiento del volumen de negocio y las conchas que recogía en la playa de Hillevie. Babuino caminaba junto a Eric Oso sin soltar de la mano su maletín. Y lo llevaría toda la noche, como si de un salvavidas se tratara.

A ninguno de ellos le cupo la menor duda de que Philip Babuino no deseaba otra cosa que conocer a hembras decadentes.

—¿Libertinas? —rió Eric Oso—. Pues me temo que algunas pueda haber en el Papegojans, lo admito.

Philip Babuino se estremeció de expectación.

Se oyó otra serie de brutales golpes en la puerta. ¿Por qué no usarán el timbre, como cualquier peluche normal?

Eric Oso se retorció en la cama. Percibía el olor de su propio aliento bajo el edredón. Martini y vodka. Martini y vodka revenidos. ¿Habría fumado el día anterior? La lengua le sabía como si lo hubiera hecho.

Cuando salieron del Papegojans Bar & Grill —puesto que no había ninguna hembra lo bastante decadente para el gusto de Babuino— estaban todos bien borrachos. Recalaron en un club de jazz. Un sótano sombrío que de ninguna manera podía encontrarse en Lanceheim, sino más bien allá en Tourquai.

—Ya sé que no íbamos a hablar de trabajo —dijo Eric Oso.

Le costaba articular sin trabazón. Él y Babuino estaban sentados uno frente al otro en torno a una mesita redonda situada en un rincón del establecimiento. Eric sentado en una silla, Babuino medio tumbado en un duro sofá que había contra la pared. Desde el escenario les llegaban los lamentos de un saxofón y... ¿no había alguien sentado en las rodillas de Babuino? Era tal la oscuridad, que no resultaba fácil estar seguro de ello.

—Ya sé que no íbamos a hablar de trabajo, pero sólo quedamos nosotros dos, ¿verdad? Os habéis decidido por Wolle & Wolle, ¿sí?

—El martes —respondió Babuino.

O, al menos, ésa fue la respuesta que Eric creyó oír.

—¿Martes?

—Pero exigimos un tope —precisó Babuino.

O quizás fue otra cosa lo que dijo. En el escenario, el saxofón contaba ya con la compañía de una trompeta y era imposible oír lo que se decían.

—¿Es una panda esa que tienes sentada en las rodillas, Babuino? —preguntó Wolle Sapo.

Oso no tenía ni idea de dónde había salido la rana, pero Babuino saltó raudo del sofá para, un segundo más tarde, volver a caer y acomodarse con la panda encima.

—Yo jamás le he puesto la mano encima a una panda —exclamó Babuino.

Y en ese momento Eric y Wolle & Wolle supieron que contarían con Dot como nuevo cliente.

—¡YA VOY! —vociferó.

Eric retiró de golpe el edredón y se sentó en la cama. El dormitorio empezó a darle vueltas. El estruendo de la puerta empeoró.

Tenía el vago recuerdo de que Emma había salido de casa hacía cerca de una hora. Tenía un estudio alquilado en el barrio sur de Amberville, por Swarwick Park, donde trabajaba mientras el sol lucía en el este. Y a Emma le gustaba salir temprano por las mañanas. Eric, por su parte, era algo más lento, también en condiciones normales. Más concienzudo, lo llamaba él.

Más infructuoso, lo llamaba ella.

El oso se levantó y se puso los calzoncillos y la camisa que estaban en el suelo, a los pies de la cama. Era la ropa del día anterior. Apestaba a sudor, a humo y a vino rancio. Con un suspiro, cruzó el comedor.

Las persianas del dormitorio estaban echadas, pero por las ventanas de la sala de estar entraba a raudales un sol que lucía desde un cielo azul. Las fosas nasales de su hocico de tela se ensancharon y, de forma inconsciente, estiró hacia delante sus pequeñas orejas redondas. No se atrevía a imaginar siquiera quién podría estar llamando a su puerta, pues rara vez recibía visitas inopinadas. Frunció sus cejas, bordadas a punto de cruz, mientras se llevaba una mano a la dolorida cabeza. No obstante y si-

multáneamente, un destello de picardía asomó a los botones negros de sus ojos.

La vida solía ofrecerle a Eric Oso alguna que otra sorpresa agradable.

Llegó al vestíbulo justo cuando fuera retomaban el aporreo y estaba claro que el animal que llamaba había perdido ya la paciencia. Las bisagras chirriaron con desazón, no cabía confundir la potencia de los golpes.

Eric vacilaba.

Permaneció inmóvil junto a un pequeño sofá tapizado de terciopelo rosa que Emma Coneja había comprado en una susta hacía algo más de un año.

¿Y si fuese mejor no abrir? De improviso, Eric tuvo el presentimiento de que no quería saber quién esperaba al otro lado de la puerta. Con un mudo suspiro, se dejó caer en el sofá rosa.

Fuera se hizo el silencio.

Hasta que la puerta irrumpió volando en el vestíbulo.

El trastazo resonó estridente y nítido. Lo siguió el ruido de una suerte de desagradable crujido cuando, de una nube de astillas de madera y de lascas de yeso de la pared, Eric entrevió el contorno de un pájaro pequeñito que, con suma precaución, avanzaba sobre los escombros esparcidos por el suelo.

Detrás del ave se erguían dos fornidas figuras.

Nicholas Paloma y sus gorilas venían a visitarlo.

—Eric, amigo mío —lo saludó Paloma con su voz aguda y monótona, una vez que se hubo asentado el polvo—. Por lo que veo, llego en un momento de lo más inoportuno.

Dijo esto la paloma señalando las patas desnudas de Eric. El pájaro, por su parte, llevaba una impecable chaqueta con doble hilera de botones y protegía su cuello con un pañuelo de seda rosa.

Eric se había levantado del sofá como impulsado por un resorte, en una especie de gesto de firmes, cuando la puerta fue abatida de golpe en el vestíbulo, y ahora se miraba avergonzado

los calzoncillos. El corazón le latía impetuoso en el pecho y estaba demasiado impresionado para poder sentir ni miedo ni indignación.

–Yo... –comenzó Eric.

–Nada de que preocuparse –le aseguró Paloma pasando sin más por delante de Eric camino de la sala de estar.

Los dos gorilas se quedaron en el agujero de la pared donde, hasta hacía un instante, había estado la puerta. No había adónde huir. Eric recordaba vagamente a uno de los gorilas, el de color rojo claro, de un tiempo ya lejano. En cualquier caso, era un color muy poco usual para un simio.

Entretanto, la paloma ya se había acomodado en uno de los sillones de la sala de estar. Eric tomó asiento en el sofá, con cierto recelo. Pese a que prácticamente todos los animales de peluche de Mollisan Town tenían el mismo tamaño, unos causaban una impresión más bien delicada y otros más bien ruda. La paloma pertenecía a la primera categoría, los gorilas a la segunda.

–¡Cuánto tiempo! –se animó Eric–. Verdaderamente...

–Demasiado –atajó Paloma–. Demasiado tiempo, querido amigo. Aunque no ha sido por mí. Tú siempre has sabido dónde me tenías.

Y era cierto.

El nido de Nicholas Paloma siempre había estado en Casino Monokowskij. Decían que Paloma rara vez, por no decir nunca, abandonaba su confortable despacho donde, desde sus ventanas de colores, podía supervisar el casino desde arriba. Eric sabía, no obstante, que el cuadro que colgaba a la izquierda del escritorio –un caballo enjaezado para la batalla– era, en realidad, la puerta de acceso a la residencia privada de Paloma. Desde allí escrutaba su entorno, actividad imprescindible para mantener el equilibrio de poder. Aquel pájaro era uno de los animales más peligrosos de Amberville y, de forma directa o indirecta, controlaba la mayor parte del crimen organizado de esa barriada.

—Es evidente —respondió Eric intentando mantener un tono risueño— que tú también sabes dónde me tienes a mí.

—Uno debe cuidar de cerca a sus amigos —dijo Paloma—. Y he de felicitarte por tantos éxitos.

Eric asintió sonriendo, pese al escalofrío que le sacudió la espina dorsal. No sabía a qué se refería Paloma. Eric Oso estaba en la plenitud de su vida y consideraba que tenía muchas cosas de las que enorgullecerse. Probablemente, Paloma habría leído algo relacionado con Wolle & Wolle. Desde que Eric se convirtió en jefe de Wolle Sapo y Wolle Liebre, la prensa le había dedicado más de una columna.

—Gracias —se limitó a responder.

—Tenéis una casa muy bonita —prosiguió Nicholas Paloma.

En ese momento, se oyó un estrépito procedente del vestíbulo. No era un ruido tan ensordecedor como el de la puerta al ser arrancada de sus goznes, pero sí de la misma naturaleza. Eric se volvió a mirar y vio con estupor cómo los simios reducían a astillas el hermoso sofá rosa.

«Emma», se dijo presa de un pánico que quería aflorar a su garganta desde el fondo del estómago. «Emma quedará destrozada.»

—¿Por qué...?

Eric se esforzó por sonar distendido y señaló al vestíbulo, donde los gorilas seguían dando patadas y puñetazos a lo que quedaba del mueble.

—Se distraen —dijo la paloma—. Tienen exceso de energía. Será mejor que vaya al grano, antes de que destrocen vuestro hermoso hogar.

Eric tragó saliva asintiendo. El sudor le corría por la espalda, aunque también podía deberse a la resaca. No quería parecer materialista, pero aquel sofá rosa no le había salido gratis, precisamente. Y Emma jamás lo comprendería. Ella no sabía nada sobre la juventud de Eric. Él, que jamás se atrevió a confesarle que hubo un tiempo en que trabajó para Nicholas Palo-

ma. Ante los demás dejaba traslucir algún que otro dato, pues pensaba que eso lo hacía más interesante. Pero Emma no se dejaba impresionar tan fácilmente.

Los gorilas habían hecho su trabajo en el vestíbulo y, con paso decidido, cruzaron la sala de estar en dirección al comedor, donde se emplearon con la vitrina, la mesa y las sillas.

«Ojalá no vean la araña de cristal», se dijo Eric. Era una copia de una pieza del siglo XVIII firmada por De Clos, de la que sólo existían cuatro ejemplares.

Un segundo más tarde, cientos de prismas de cristal se estrellaban contra el parquet.

—Eric, tú me conoces —declaró Paloma alisándose el pañuelo—. No soy muy dado a los rodeos, iré al grano. Estoy en la Lista de la Muerte.

—¿La Lista de la Muerte? —repitió Eric con expresión bobalicona.

—Exacto —asintió la paloma contundente.

—Pero... —objetó Eric, preguntándose si el pájaro estaría bromeando—... estás seguro de que... existe siquiera algo que pueda llamarse..., quiero decir, ya sé que...

Eric enmudeció.

—¿Importa eso? —preguntó Paloma con desinterés.

Eric Oso llevaba oyendo rumores sobre la Lista de la Muerte desde que iba al parvulario. Como adulto, le costaba creer que tal lista existiese de verdad. Los Conductores trabajaban según unos principios que sólo ellos conocían y, naturalmente, esto era pábulo de especulaciones. Los Conductores se presentaban en sus furgonetas de color rojo para recoger a los animales viejos, a los «desgastados y cansados», como solía decirse. Nadie sabía adónde los conducían, pero el hecho era que desaparecían y nadie volvía a verlos nunca más. Así, no era de extrañar que todos temiesen a los Conductores, ni era de extrañar que la gente se empeñase en la existencia de una especie de lis-

ta: cualquier cosa, con tal de que las carreras nocturnas de los Conductores pareciesen menos sujetas al azar. En ese contexto, solía mencionarse el nombre del Ministerio de Medio Ambiente, puesto que el Ministerio de Medio Ambiente era el responsable del transporte de la ciudad y de la llamada Lista de Crías. Pero no era verosímil que nadie del ministerio tuviese la misión de imponer a los peluches la sentencia de muerte.

—Cierta importancia sí que tiene, ¿no? —observó Eric con cautela.

No quería mirar ni de reojo hacia el otro lado, al comedor: el alboroto bastaba para comprender lo que estaba sucediendo.

—Si no existe la famosa Lista de la Muerte, tampoco puedes figurar en ella, ¿no crees?

—Eso es un razonamiento hipotético que no me interesa lo más mínimo —rechazó la paloma—. He venido por una única razón. Quiero que des con la lista y que taches mi nombre.

El silencio que siguió a su declaración no duró más que un instante. Los gorilas estaban entregados a la destrucción de las sillas, que resultaron ser más sólidas de lo que podía parecer en un principio.

—¿Y por qué yo, precisamente?

—Me debes un par de favores —le recordó Paloma—. Un par, como mínimo.

—Pero ¡si de eso hace ya un siglo!

—Cálculalo a un interés compuesto y verás que tu situación es muy delicada —observó Paloma con una sonrisa burlona que enseguida reemplazó por el habitual gesto ceñudo: esas mudanzas radicales constituían una de sus especialidades—. Para ser sincero, Eric, me va bien que seas tú, precisamente. Si tenemos en cuenta que tu madre...

El hecho de que a Edda Rinoceronte la hubiesen nombrado jefa del Ministerio de Medio Ambiente —el más importante de los tres existentes en Mollisan Town— explicaba que, durante años, se le hubiesen encomendado a Eric Oso una serie de en-

cargos importantes. En aquel instante, habría renunciado a todos ellos con tal de no haber vivido aquella conversación.

—Señor Paloma —comenzó Eric—. Estoy en disposición de garantizarle que ni el Ministerio de Medio Ambiente ni mi madre se dedican a confeccionar ningún tipo de Lista de la Muerte en la que...

—Está bien, Eric, está bien —lo interrumpió Paloma desestimando sus excusas y aprovechando para alisarse la manga de la chaqueta—. Me trae sin cuidado el método que elijas. Cuanto menos sepa yo, mejor para mí. Te encarrilaría de buen grado si pudiera, pero por desgracia el... gato... que decía saber que mi nombre figuraba en la lista... ha... desaparecido. De modo que supongo que puedes empezar por donde quieras.

—Pero es que yo...

Nicholas Paloma zanjó su discurso levantándose del sillón. Se oyó entonces un tremendo estrépito. Eric adivinó que la vitrina, cargada de copas de cristal, se había estrellado contra el suelo.

—¡Chicos, ya nos vamos! —gritó la paloma.

El ruido del comedor cesó de inmediato y los dos simios entraron trotando en la sala de estar.

Paloma dio un par de pasos hacia el vestíbulo, pero recordó algo y se dio la vuelta.

—En realidad, es muy sencillo —le advirtió con mirada gélida a Eric Oso, que seguía sentado en el sofá—. Si los Conductores vienen a buscarme a mí, mis gorilas irán a buscar a tu querida Emma Coneja. Y la descuartizarán.

Paloma no se quedó a ver la impresión que su amenaza causaba en el oso. Salió al vestíbulo seguido de los gorilas. Eric no era capaz de moverse.

—¡Suerte! —resonó la voz de pito desde la escalinata.